

Mensaje para el momento presente

La oración obra milagros en vosotros y a través de vosotros

Las Sagradas Escrituras apuntan a la oración como una realidad espiritual con la que nosotros los creyentes obtenemos la bendición de Dios en nuestras vidas

Fray: Albert Rebcic

El poder de la oración aparece ya en el libro del Éxodo. Describe el conflicto de los israelíes y de los amalequitas, que bloqueaban a los israelíes el camino a la Tierra Prometida. Moisés subió a lo alto del monte, y allí, junto con Aarón y Jur, oró a Dios por la victoria. Mientras Moisés oraba ganaban los israelitas, cuando dejaba de orar ganaban los amalequitas. Aron y Jur sostenían las manos de Moisés y así pudo soportar con las manos extendidas hasta la puesta de sol. De una manera impresionante el escritor bíblico relata cómo los pueblos del Antiguo Testamento ganaron gracias a la oración de Moisés.

La oración debe ser persistente

La fuerza de la oración se muestra también en el fragmento del Evangelio de Lucas que leímos el mes pasado (Lc18, 1-8). El evangelista Lucas señala la importancia de la oración de Jesús y de la oración en general. Según Lucas, Jesús ora ante cualquier hecho importante: antes de elegir a los doce apóstoles, antes de la transfiguración en el monte, antes de la pasión y la muerte en la cruz. Los apóstoles se asombraban de la manera en la que Jesús oraba y le pedían que les enseñara a orar como Él. Jesús les enseñó entonces una oración breve: “Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en tentación, y líbranos del mal.”(Lc11, 2-4). Una oración corta y preciosa. Contiene todas las características de una oración cristiana real y verdadera: con la oración alabamos y glorificamos a Dios, le damos gracias por todo lo que tenemos y pedimos el pan nuestro de cada día y el perdón de los pecados. Jesús enseña a sus discípulos (Lc18, 1-2) una parábola “para mostrarles que es preciso orar todo el tiempo y no desfallecer” y les narra la parábola de la viuda que durante semanas y meses fue a un juez para que le liberara de su demandante. El juez durante mucho tiempo no quiso ocuparse de este caso pero finalmente para que la viuda le dejara en paz lo aceptó. En esta parábola se habla la justicia y la injusticia, del poder y la impotencia, acerca de la perseverancia en la oración a pesar de las bajas probabilidades de éxito. La perseverancia en la oración de la viuda al final tuvo éxito, de la misma manera que tendrá éxito la oración de los elegidos de Dios en las audiencias ante Dios. Por esto al final de la parábola, Jesús dice: “Oíd lo que dice este juez injusto; y Dios ¿no hará justicia a sus elegidos si claman a él día y noche? ¿Les dará largas? Os digo que le hará justicia pronto. Sólo que, cuando llegue el Hijo del Hombre, ¿encontrará esa fe en la tierra? (Lc18, 7-8).

La oración está estrechamente relacionada con la fe. La fe es el requisito básico, previo y esencial para garantizar la oración exitosa. Jesús dijo a sus discípulos: “Tened fe en Dios. En verdad os digo que si alguno dijera a este monte: Quítate y arrójate al mar, y no vacilara en su corazón, sino que creyera que lo dicho se ha de hacer, se hará. Por esto os digo: todo cuanto orando pidierais, creed que lo recibiréis y se os dará!”.

Si nuestra oración no tiene éxito, vamos a preguntarnos si tenemos todavía en nuestro corazón "la fe de Dios". ¿Oramos realmente sin ninguna duda en nuestro corazón? Sinceramente ¿creemos que hemos logrado aquello por lo que estamos orando? ¿Tenemos una fe inquebrantable como la tenía la Virgen María?. “¡Dichosa tú que creíste! Porque se cumplirá lo que el Señor te anunció” (Lc1, 45). Jesús anima a sus discípulos a la oración constante: “Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá porque quien pide recibe, quien busca halla, a quien llama se le abre.”(Mt7, 7-8). Jesús les advirtió que su oración no fuera como la oración de los fariseos: “Tu cuando ores, entra en tu cámara y con la puerta cerrada, ora a tu Padre que está en lo secreto, y tu Padre que ve en escondido, te recompensará” (Mt6, 5-9). “Velad y orad para que no sucumbáis en la prueba, el espíritu está pronto pero la carne es débil” (Mt26, 41). El apóstol Pablo advierte a los fieles: “con toda suerte de oraciones y plegarias, orando todo el tiempo en el espíritu, y para ello vendrá con toda perseverancia y súplica por todos los santos y por mí” (Ef6, 18). “¿Está alguno de vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él ungiéndole con el aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo y el Señor lo levantará, y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho”. (Sant5, 13-16)

Cuando el Hijo de Dios venga otra vez, dice Jesús, encontrará fe en la tierra como la tenía la viuda. Encontrará más esposos y esposas que presentan una actitud coherente y clara y saben que pueden conseguir todo con la ayuda y la protección de Dios. Encontrará personas que con la oración superan sus debilidades, que se preocupan por los demás, que buscan la justicia, de la misma manera que la buscaba la viuda. Jesús nos pide que nuestro comportamiento sea como el comportamiento de la viuda, que no se cansó orando y buscando la justicia. Tenemos que tener fe en Dios, ser concientes que nuestra vida no depende solamente de nosotros sino que tenemos que contar con los demás, con nuestros prójimos. Si solos no tenemos la fuerza para la oración, porque estamos enfermos, depresivos, no tenemos trabajo, estamos tristes o hemos perdido algún ser querido, encomendémonos a los que están a nuestro lado, a las personas espirituales, con fe firme. Es bonito que nos encomendemos unos a otros en la oración. Esto tiene un significado muy profundo porque vivimos en la comunidad de los santos. En nosotros vive el poder de Dios que en momentos difíciles nos da la fuerza para que podamos superar el mal en nosotros y sobre nosotros. El médico de Rijeka, el Dr. Skrobonja, hace algunos años en la presentación de su libro “Santos de la salud” dijo: “Se sanan más a menudo aquellos que tienen fe, aquellos que viven en comunión con Dios. Dios les ayuda, sana y nunca les deja solos”.

La oración debe ser una expresión de un corazón sincero y humilde

La parábola del fariseo y el publicano que van al templo a orar, claramente muestra la misericordia de Dios hacia los pecadores y el menosprecio de los soberbios. Esta parábola es un mensaje a los fariseos a los que Jesús se dirigía. Los fariseos eran, de hecho, demasiado confiados en sí mismos, en su propia justicia, en su piedad y sus obras, y no lo suficiente en la misericordia divina. Ellos querían que sus obras propiciaran la recompensa de Dios ¡como si Dios se pudiera corromper!

El fariseo y el publicano representan dos tipos de creyentes judíos, en realidad, dos realidades religiosas del judaísmo del tiempo de Jesús. Los fariseos eran por lo general personas piadosas que respetaban la ley y hacían todo lo que había sido prescrito. ¡El apóstol Pablo era un miembro de los fariseos! Los publicanos personifican a los pecadores, hacían un trabajo sucio recaudando impuestos para los ocupantes romanos. A los judíos les estaba estrictamente prohibido asociarse con los publicanos, a los recaudadores de impuestos, se le negaba la entrada a la Sinagoga y en el Templo. Según la ley de los judíos fueron excluidos de la sinagoga y de la comunidad judía.

¿Cuál es el error de los fariseos y cuál es el mérito de un recaudador de impuestos? Debemos leer detenidamente la descripción de su comportamiento en el templo. “El fariseo, en pie oraba para sí de esta manera: “Oh Dios, te doy gracias por no ser como lo demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo cuanto poseo. El publicano se quedaba allá lejos y ni se atrevía levantar los ojos al cielo y hería su pecho diciendo: Oh, Dios, ten piedad de este pecador” (Lc18, 11-13). El publicano tiene un problema: debería dejar su sucio trabajo, pero no puede. Tiene que alimentarse y alimentar a su familia. Para cumplir con la ley de Jesús debería, como el publicano Zacarías, devolver el dinero robado: “Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y a quien haya defraudado le restituí cuatro veces más” (Lc19, 8). Además, a los fariseos, como representantes de las autoridades espirituales, les serían cerradas las puertas del Reino de los cielos: “Ay de vosotros doctores de la Ley que os habéis apoderado de la llave de la ciencia, ni entráis vosotros ni dejáis entrar!”. Y, sin embargo, el publicano, descendió a su casa justificado, “cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”. Debido a estas palabras, Jesús predicó la parábola con la que ilumina con sus enseñanzas sobre la oración. Jesús señala que Dios es infinitamente misericordioso con los pecadores, con todos los que le precedieron y que reconocieron sus debilidades, fracasos... como siempre lo hacemos en el comienzo de las celebraciones eucarísticas. El publicano confesó su pecado ante Dios y la comunidad y oró por el perdón. Ante un pecador tal, Dios muestra misericordia, amor y perdón.

¡En las palabras del fariseo no encontramos nada de eso! Él se jacta de sus actividades religiosas y condena a otros a su alrededor. Él es justo, santo, con independencia de sus acciones, desprecia a los demás a su alrededor, cerraron la puerta de la sinagoga y el templo. Estos son para nosotros “los otros” ¡los diferentes de nosotros! Pero Dios piensa y actúa totalmente diferente a como lo

haríamos nosotros. Inmediatamente después de este pasaje, no sin razón, Lucas presenta a Jesús diciendo: "dejad que los niños vengan a mí y no se lo prohibáis, que de ellos es el Reino de Dios" (Lc18, 16). Cualquier persona que se acerca a Dios como un niño, como necesitado, como débil, Dios lo recibe con entusiasmo de igual manera que recibió al hijo pródigo. "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 3). "Porque cualquiera que se enaltece, será humillado y el que se humilla será enaltecido". Todo está incluido en el último mensaje de la Virgen de Medugorje. ¡Escúchenla! Aplicadlo en sus vidas y conseguiremos la felicidad.

Fuente : Glasnik mira, n°11
Noviembre 2013

Traducido por: Sandra Barisic